

PEDRO MAÑAS

LOS O.T.R.O.S.

(SOCIEDAD SECRETA)

Dibujos **JULIA CEJAS**





El aire de la biblioteca es espeso y sofocante. Un sol abrasador se cuela por el ventanal de la sala de lectura, achicharrando la coronilla de un par de alumnos que parecen a punto de caer dormidos sobre sus libros. No se ve a nadie entre las estanterías. Bueno, casi. Una sombra se desliza en silencio por un pasillo forrado de moqueta gris.

La sombra tiene once años y se llama Franz Kopf, pero eso ya no importa. En realidad, hace tiempo que nadie lo llama así. Unos pocos lo conocen como Ojo de Cobra, y para todos los demás es Ojomuerto Franz. Pero eso tampoco importa ya. Lo principal es que la misión ha sido un éxito. Con un poco de retraso, quizá, pero un éxito.

La sección de la letra C ocupa un rincón oscuro del fondo de la sala. Ojomuerto va repasando los libros

uno a uno con su ojo útil: *Cuentos para jugar... Cuatro historias de terror... Curiosidades del clima...* Ese es el que busca. El chico lo abre por la página doscientos dieciocho y deja caer encima un papelito que lleva en el bolsillo. El papel, del tamaño de un naipe de la baraja, dice lo siguiente:

HEMOS ENCONTRADO EL SECRETO
QUE ANDÁBAMOS BUSCANDO,
ES NECESARIO QUE CONVOQUES
UNA REUNIÓN URGENTE PARA MAÑANA.

O X

La firma del mensaje representa los dos ojos de Franz: la O simboliza el ojo abierto, y la X simboliza el ojo cerrado. Los miembros de la organización tienen absolutamente prohibido utilizar su nombre auténtico mientras están de servicio.

Franz relee el mensaje antes de cerrar el libro y dejarlo de nuevo en su lugar. Sus compinches lo entenderán perfectamente, pero para cualquier otro no será más que un trozo de papel insignificante lleno de palabras sin sentido. Y es justo entonces cuando se da cuenta de que, en realidad, toda aquella locura en la que anda metido había comenzado, precisamente, por culpa de un estúpido cartel lleno de letras sin sentido.

· CAPÍTULO 1 ·

El ojo perezoso

A pesar de la oscuridad, el calor en el despacho del doctor Winkel resultaba asfixiante. Franz sentía desde hacía rato una gran gota de sudor colgando de la punta de la nariz. A menos de veinte centímetros de la gota, la brillante papada del doctor palpitaba como la de un sapo gigantesco:

—Lee la segunda fila de letras, Franz —gruñó el médico.

E W X
R K H Ñ
L S U G T
R J B Y H A
M R M B D Z V

Franz se concentró en el cartel que tenía delante. El ojo izquierdo le escocía, pero el derecho lo tenía tapado

sin piedad por la mano rolliza y pringosa del doctor. El propio Franz había visto antes un grasiento paquete de galletas de mantequilla sobre su escritorio. Seguro que Winkel se hartaba de comerlas entre paciente y paciente.

–**R, K, H** y **Ñ** –murmuró Franz, rezando porque la cosa se detuviera ahí.

–La tercera fila –dijo Winkel, apretando un poco más la mano sobre el ojo de Franz.

–¿La tercera? Eh... **L, S...**, **U, G** y... ¿puede ser una **F**?

Alguien ahogó una carcajada en la oscuridad de la consulta. Franz reconocería esa risa áspera entre millones. Era su hermana Janika. Y su risa solo podía significar una cosa: problemas. Seguro que se había equivocado de letra.

–Las letras de la cuarta fila –insistió Winkel, sin compasión.

¿Letras? ¿¿Qué letras?? A esa distancia y con el ojo tapado, lo de la cuarta fila parecían, como mucho, caquitas de mosca. Lo intentó de todos modos.

–**R...** ¿o **P**?... **J, B, T, M...**, sí, **M**. Y creo que la última es una **N**.

Se escuchó una nueva carcajada de Janika, esta vez seguida de un sonoro capón de su madre.

–Quinta fila –murmuró el médico, escupiendo un poco de saliva que fue a parar a la nariz de Franz, donde se quedó haciendo compañía a la gota de sudor.



–Yo... yo creo... creo que... –tartamudeó Franz. Una gran lágrima le inundó el ojo izquierdo.

–Vamos, ¿qué letras ves?

–Pues veo... ahora veo...

–¿Qué?

Franz cerró el ojo, dándose por vencido. Era una batalla perdida.

–Nada –reconoció–. No puedo ver más.

El doctor apartó la mano del ojo de Franz, apretó un interruptor y una luz cegadora iluminó la habitación. El niño entornó los ojos, molesto, y se restregó la cara para limpiarse los restos de sudor, saliva y lágrimas. En una esquina, sus padres lo miraban con cara de preocupación. Janika, como es lógico, sonreía. Winkel se dejó caer en su butaca y una enorme panza asomó bajo la bata blanca.

–¡*Ambliopía!* –bramó, como si estuviera insultando a alguien–. Este niño tiene una ambliopía de manual.

La familia entera parpadeó, confundida. No entendían ni una palabra de medicina.

–También lo llamamos «ojo vago», ¿comprenden? –prosiguió el médico–. Es decir, que uno de los dos ojos descansa tranquilamente mientras el otro se ocupa, por así decirlo, de todo el trabajo. Como un carro arrastrado por un caballo trabajador y otro holgazán. Cuanto más tira el primero, menos tendrá que esforzarse el segundo. Pues bien... el ojo izquierdo de este

niño es vago. Vaguísimo. Un auténtico gandul –rio, y su papada tembló como loca.

A Franz no le gustó un pelo oír hablar de su ojo como si él no estuviera allí.

–¿Y tiene solución? –preguntó, angustiado, el padre de Franz.

–Hemos tenido suerte de descubrirlo pronto. Franz se recuperará con un poco de paciencia, siempre que sea disciplinado y utilice esto durante un tiempo.

El doctor metió la mano en uno de los cajones de su escritorio y rebuscó bajo un gran montón de recetas arrugadas. Franz no podía imaginarse lo que iba a sacar de allí, y a la cabeza le vinieron un montón de ideas, a cual más extraordinaria. ¿Unas gafas de radiación gamma, un ojo mecánico, un rayo láser? El chico se quedó decepcionado cuando el doctor encontró al fin lo que andaba buscando. En la palma de su mano rechoncha no había más que un pedacito de plástico de color carne, más o menos del tamaño de un cromó corriente.

–¿Qué... qué es eso? –preguntó con desconfianza.

–Vamos –sonrió el doctor–. No me digas que nunca has querido ser un pirata.

Franz no comprendía. Su madre tragó saliva, le agarró la mano y la apretó en la suya.

–Es un parche, cariño. Un parche adhesivo para tapar tu ojo sano. Así el ojo vago no tendrá más remedio que ponerse a trabajar, ¿no es eso, doctor?

—¡Eso es, eso es! Pero no te preocupes, hijo. Ni siquiera notarás que lo llevas puesto.

Una hora más tarde, encerrado frente al espejo del cuarto del baño, a Franz le hubiera encantado ver al doctor Winkel comerse su maldito parche. Que su enorme paquete de grasientas galletas se convirtiese en un enorme paquete de grasientos parches. ¡Decir que aquel pegote no se notaba! Su aspecto tampoco era en absoluto el de un parche pirata, lo cual habría tenido su gracia. Los de los piratas son negros y no se pegan a la piel, eso lo sabe todo el mundo. El color de este parche tenía un parecido increíble con el de la piel de Franz. Por eso, la primera impresión al ver su cara era que, en realidad, allí nunca había existido un ojo. Tenía una pinta de veras extraña.

—¡Franz! —gritó su padre, aporreando la puerta—. ¿Piensas salir del baño alguna vez?

—¡No! —chilló Franz, furioso.

—¿Se puede saber qué haces ahí dentro?

—¡Estoy tratando de encontrar mi ojo!

—¡No seas crío! El doctor Winkel ha dicho que no tendrás que llevarlo para siempre.

No hubo manera de convencerle. Franz permaneció encerrado en el baño hasta bien entrada la noche. Solo mucho después, cuando sus padres, cansados de gritar, dejaron a su hijo por imposible y se metieron en el dormitorio, se deslizó de puntillas hasta la cocina y se puso a devorar un muslo de pollo frío y los restos de una ensalada mustia que flotaban en aceite.

Tal vez si Franz encajó tan mal el asunto del parche fue porque, hasta aquel momento, su vida había sido completamente, indiscutiblemente, absolutamente normal. No era ni muy alto ni muy bajo, ni muy listo ni muy tonto, ni muy hablador ni muy callado. Puede que Franz fuera incluso el niño más normal que he conocido. Tenía una pandilla normal de amigos normales, que jugaban a cosas normales y sacaban notas normales, se peleaban por asuntos normales y vivían en casas normales rodeados de familias normales que los regañaban por motivos normales, como saltar sobre la cama con las zapatillas sucias o abrir un nuevo bote de mermelada cuando el antiguo no se había terminado todavía. De modo que aquel parche era el primer hecho excepcional de su vida. Mejor dicho, era el segundo.

En realidad, el primer hecho extraordinario de la vida de Franz estaba escondido en la oscuridad de su dormitorio en aquel momento, esperando a que el niño regresase de su banquete secreto en la cocina. Sonreía siniestramente y tenía la mano posada sobre el interruptor de la luz. Cuando Franz entró en su cuarto y, esperando encontrar el interruptor, palpó aquella mano helada, casi se le para el corazón. Luego comprendió.

—¡Eres una estúpida, Janika! —chilló Franz lo más bajito que pudo, lanzándose hacia su hermana—. ¡Te voy a enseñar a gastar bromas!

Janika era pequeña y escurridiza, y, como de costumbre, se las apañó para escabullirse del cuarto como una rata antes de que su hermano la cazara. Franz aún pudo escuchar su respiración ahogada tras la puerta de su dormitorio, pero la niña ya había dado la vuelta al pestillo. Aquel dormitorio, cuya puerta estaba siempre cerrada, era para Franz un territorio salvaje, inexplorado y peligroso.

En cualquier caso, si digo que Janika resultaba extraordinaria en la vida normal y corriente de Franz, no me refiero solo a sus bromas crueles y perversas. Era decididamente una niña especial.

Para empezar, Janika tenía desde muy pequeña una enfermedad llamada asma, que había ido empeorando con el tiempo. A la niña le costaba meter aire en sus pulmones, y por eso su respiración sonaba siempre ronca y fatigosa. A menudo, y sin saber muy bien por qué, al inspirar aire por la nariz emitía un desagradable silbido, como el de una culebra joven. A la mayoría de la gente le disgustaba aquel silbido.

Pero atención: que a nadie se le ocurra imaginarse a una niña dulce y debilucha cubierta por una montaña de mantas y abrigos. Ni hablar. Janika era una niña canija pero fuerte, que no dejaba que nadie se metiera con ella. Los que lo intentaban casi siempre se ganaban una formidable cicatriz con la silueta de sus dientes afilados. Su padre la llamaba «mi pequeña niña salvaje» y entonces ella sonreía, complacida.